

# UN ANÁLISIS CRÍTICO DEL MODELO UNIVERSITARIO CONTEMPORÁNEO EN EUROPA Y MÉXICO Y UNA REIVINDICACIÓN DE SUS VALORES ORIGINALES

BEATRIZ GONZÁLEZ MORENO  
*Universidad de Vigo*  
*beatriz-gm@hotmail.com*

PUY MUÑOZ, Francisco (coord.), *La universidad humanista en un mundo globalizado*, Editorial Reus, Madrid, 2017, 206 pp.

La obra colectiva que la editorial Reus ha acogido para su publicación sitúa al lector ante una reflexión necesaria, el papel de la universidad humanista en un mundo globalizado. Más que necesaria, diría urgente, si no fuera por la antinomia que las palabras “reflexión” y “urgencia” parecen implicar. En todo caso, desde el mismo título y a lo largo de todo el libro, los autores ponen en práctica uno de los rasgos que consideran esenciales en el quehacer universitario: “trasladar lo pensado de la forma mejor, más bella y más clara”. En todas las aportaciones, cada uno de los autores, desde su particular perspectiva del desafío que plantean, aborda su análisis tratando de trasladar sus ideas de la forma mejor, más bella y, desde luego, más clara.

El título delimita ya, por tanto, el marco conceptual en el que se mueve la preocupación intelectual de sus trece autores, y que cobra forma en once aportaciones. El profesor Puy Muñoz, coordinador de la obra, las ha agrupado en tres partes, bajo un criterio geográfico: la universidad humanista española, la europea y la mexicana. Esta es otra muestra de la precomprensión de la universidad que comparten sus autores, una visión amplia—universal, podríamos decir—, que abre el foco desde la reflexión sobre las universidades españolas a las universidades europeas y desde éstas, a las universidades públicas mexicanas. Las reflexiones se incorporan, además, en la lengua original de sus autores, el castellano, el italiano, el portugués y el francés, como rasgo simbólico de una universidad cosmopolita en un mundo globalizado.

Cuando los autores de este libro se proponen reivindicar la necesidad de recuperar la universidad humanista, hacen un primer esfuerzo por eliminar toda anfibología en el significado del humanismo que aquí se promueve. Desde las primeras páginas, el profesor Puy Muñoz define con cinco palabras aquello que se pretende recuperar: la universidad en su verdad esencial. Nada menos. Esta obra se propone, por tanto, rescatar la idea de la universidad como espacio de conocimiento y transmisión de cultura, como ámbito de investigación y enseñanza; un espacio orientado a

la búsqueda del saber y al dominio de disciplinas diversas con la pretensión de situar al ser humano como medida de la realidad física y social, y cuya finalidad sería formar ciudadanos cultos e imbuidos de valores morales y sociales. En realidad, son muchas las voces que desde hace años se suman al coro de quienes alertan sobre la inevitable destrucción de la institución universitaria si sigue por la senda del abandono del humanismo, pero por el momento parece ser más fuerte la voluntad de quienes quieren convertir los centros de educación superior en una fábrica de técnicos y de científicos hiperespecializados, con la ayuda inestimable de legisladores que parecen conocer muy poco aquello que están regulando.

Tres elementos confluyen y unifican, en gran medida, las ideas fuerza de este libro. Uno de ellos es que buena parte de los autores de esta obra colectiva son juristas, en su mayoría, filósofos del Derecho. Otro es la visión prospectiva que los autores tienen del modelo universitario. El tercero es el compromiso inquebrantable con la institución universitaria que les lleva a sugerir en sus estudios cambios y reformas que juzgan como necesarias para evitar la extinción definitiva de las universidades, tal como perduraron durante siglos.

En la aportación del profesor Puy Muñoz se aborda un análisis diacrónico de la universidad desde la perspectiva del estudio de las humanidades. Este trabajo nos da la clave de la actual situación, que podríamos resumir en el modelo impuesto por la Declaración de Bolonia. En muchos centros universitarios españoles, el proceso de adaptación estuvo marcado, en todas las titulaciones, por una conflictividad que no se producía en el ámbito académico desde hacía muchos años. La polémica se instaló no solo entre los alumnos sino también en los claustros de profesores. En el ámbito de los estudios jurídicos se impulsó un manifiesto —tardío y presuntamente por eso, totalmente ineficaz— que firmaron más de mil trescientos docentes, con la pretensión de sacar los estudios de Derecho del proceso de Bolonia. Baste decir ahora que pocas reformas de la enseñanza universitaria han concitado tantas críticas, tantas reservas y un nivel tan alto de desilusión y perplejidad entre los protagonistas del cambio, tanto profesores como alumnos. Ni siquiera entre quienes debían impulsar políticamente este proceso fue perceptible el convencimiento y la ilusión que necesariamente han de acompañar cambios tan profundos en un sistema que, por lo demás, podía haberse perfeccionado en una amplísima medida sin semejante cataclismo. En todo caso, desde las instancias políticas y administrativas se pasó por alto el evidente desacuerdo con el proceso de quienes estaban llamados a llevarlo a la práctica, cuyas razones deberían haber sido, de algún modo, atendidas.

No es propósito de esta reseña ahondar en los lugares comunes sobre Bolonia. Nada diré sobre la retórica pedagógica que inunda sus docu-

mentos, con el uso, en expresión de Sosa Wagner, de un lenguaje cabalístico para iniciados, tan impropio de los términos adecuados en la descripción de la enseñanza superior, al menos para las profesiones jurídicas: “competencias”, “habilidades” y “destrezas” aparecen por doquier para referirse a la formación propia de los juristas. Estas expresiones denotan, en realidad, la precomprensión del Derecho como una mera técnica, un saber práctico de corte utilitarista. Pero este diagnóstico es perfectamente aplicable a muchos otros estudios. Los planes de estudios de la actual universidad ignoran la esencial formación humanista de los alumnos (y de sus profesores) y se dirigen a fomentar un perfil inferior de profesional como mero aplicador mecánico, como mero técnico. La universidad actual, singularmente en las universidades europeas que se adaptaron al llamado Plan Bolonia, se ha orientado a planes de estudios profesionalizados y ha renunciado a proporcionar a sus alumnos una sólida formación general y básica que les permita comprender el sentido profundo de las estructuras en las que están llamados a intervenir y que les confiera el dominio de las categorías que han de utilizar. La globalización de la llamada “sociedad del conocimiento” otorga únicamente una pátina de información e hipercomunicación tan artificial y acelerada que anula el pensamiento crítico y la capacidad de analizar la compleja realidad en que se ha convertido nuestro mundo.

Tampoco me referiré al inexplicable efecto que Bolonia ha producido, en las antípodas de su objetivo fundamental que era la creación de un espacio europeo de educación superior: la imposibilidad práctica de movilidad que tienen los alumnos, derivada de las asimetrías de planes de estudios apenas coincidentes, extinguida la antigua troncalidad que aseguraba una mínima formación común en cada una de las titulaciones. Los actuales planes de grado, fruto de una mal entendida autonomía de cada centro universitario, privados de directrices generales propias para las distintas titulaciones emanadas del Ministerio de Educación, sumen a los alumnos que optan por la movilidad en complejos procesos de convalidaciones, duplicidades de contenidos con distinta denominación o la necesidad de cursar créditos adicionales y, en definitiva, les atrapa en una burocracia que es ya inmanejable, incluso para el personal que en la actualidad se dedica a estos servicios universitarios. En esta cuestión concreta, el objetivo ha sido del todo errado. La movilidad, que es parámetro indudable de calidad, está casi ausente del sistema universitario español. Una universidad sólo puede aspirar a la excelencia si sus alumnos proceden de diversas regiones y hay una alta proporción de extranjeros. Exige también que una buena parte de sus profesores hayan trabajado en otros centros. En España, el primer criterio para la elección de una universidad es la proximidad geográfica.

El porcentaje de alumnos cuyo domicilio familiar se encuentra en otra Comunidad Autónoma sigue siendo testimonial.

Es evidente que las mejores instituciones académicas del mundo son aquellas que gozan de una amplia autonomía para definir su perfil estratégico y su visión, así como para aplicar sus programas académicos. Todo ello es también necesario para las universidades españolas, pero aquí, lamentablemente, se ha manejado con miopía. La discutida implantación en España de los actuales grados se ha hecho de modo descoordinado y precipitado, cubriendo un trámite administrativo de validación que no garantiza una verdadera modernización de la Universidad española. Esos cambios de planes no se corresponden con un cambio radical del modelo de universidad, con una definitiva solución de sus problemas financieros endémicos, con una innovación real en la docencia y en el aprendizaje.

La obra que comentamos tiene el acierto de destacar la necesidad de modernizar la metodología docente e investigadora en la universidad y cuidar la faceta científica, pero “inervada” por una cultura humanística. Es un hecho perfectamente comprobable que la implantación de un nuevo modelo de docencia con la fórmula de cuatrimestres, optativas y créditos, ha supuesto en muchas escuelas y facultades seguir enseñando lo mismo y con los mismos métodos anticuados y pasivos o, peor aún, con prácticas y actividades del alumno más formales que reales. La profesora Otero Parga incide en esta quiebra del modelo, que configura el grado como una especie de carta de presentación en los primeros niveles del mercado de trabajo. Después, lo que se supone que es el salto cualitativo de la formación se confiere a los máster, impartidos por los mismos profesores y con las mismas estructuras académicas. Su diagnóstico de la universidad del presente se funda en el análisis de los síntomas de pérdida de su función humanista y educadora. Predomina ahora la visión utilitarista, enfocada al mercado laboral y al ejercicio profesional. Esta visión de un modelo burocrático y tecnocrático que ha renunciado a una formación integral es compartida en las aportaciones de las profesoras Belloso, Gil Ruíz, Calheiros y Fuentes Reyes, y en el estudio del profesor Puy Muñoz. En el trabajo del profesor Troncoso Reigada se hace una sugerente comparación con los sistemas que han mantenido la interacción entre los estudios científicos y los humanísticos y que no condicionan la actividad profesional a una formación universitaria especializada. Su trabajo concluye con una crítica a la deshumanización espiritual de nuestras sociedades.

Dos sugerentes aproximaciones se hacen en los trabajos del profesor Amato y del profesor Vallançon. El primero inicia su reflexión contraponiendo conocimiento e información y a pesar de su sombría exposición de las tres razones por las que no es posible seguir creyendo en la universi-

dad, afirma con convicción que es el único lugar en el que es posible una reflexión interdisciplinar y global sobre la identidad humana y el destino del mundo. El profesor Vallançon aporta una preciosa visión (en un proyecto aún no completado) de la universidad humanista desde el comentario de la obra de Rafael “La Escuela de Atenas”, en la que examina la función de cada filósofo, de cada sabio, de cada maestro, la jerarquía de cada saber y la exigencia incondicional de ser merecedores de confianza, no solo del maestro en los discípulos y de estos en el maestro, sino en la capacidad de todos de entender y hacer más bello y mejor el mundo. Es muy de agradecer el esfuerzo de reflexión del rector Olvera y de los cuatro profesores de la Universidad Autónoma del Estado de México (Toluca), que centran sus reflexiones en el derecho a la cultura y al deporte en la universidad, en la defensa humanista de los derechos universitarios y en el compromiso de la investigación en la universidad humanista, que aspira a *decir cómo hacer*. La obra se dedica al rector de la Universidad Autónoma del Estado de México por su empeño en fomentar el humanismo en su universidad.

Cuando se escriben estas líneas, el modelo educativo español de enseñanza no universitaria está prácticamente en suspenso, pendiente de un gran pacto de Estado político y social por la educación. Sería realmente un avance que se introdujera un cambio en la estructura del actual bachillerato, artificialmente dividido en tres modalidades (la de Ciencias, la de Humanidades y Ciencias Sociales y la de Artes) y con una estructura de materias troncales claramente perturbadora, en la que la filosofía se imparte solo en el primer curso, ha desaparecido la historia del pensamiento filosófico, los itinerarios entre humanidades y ciencias sociales vienen marcados por la troncalidad del latín o de las matemáticas aplicadas a las ciencias sociales, en la que la literatura universal es una materia optativa y en la que proliferan materias como técnicas de expresión gráfico-plástica, tecnología industrial o tecnologías de la información y la comunicación. Esas carencias de formación humanística, sin horas para la lectura, la filosofía y la historia, están en la base del generalizado desinterés por el humanismo en la etapa universitaria. La confusión se acentúa cuando las humanidades y las artes vuelven a fundirse en la división convencional de cinco ramas de conocimiento en la universidad: Ciencias, Artes y Humanidades, Ciencias de la Salud, Ingeniería y Arquitectura, y Ciencias Sociales y Jurídicas.

Este libro contiene valoraciones críticas con la deriva de nuestros actuales modelos universitarios, pero también una visión esperanzada y esperanzadora. Al margen de la crítica a organizaciones ineficientes, a la falta de órganos de control interno y externo que sirvan para corregir abusos de poder, a financiaciones inadecuadas y a decisiones políticas movidas por la ignorancia o los prejuicios, esta obra tiene el enorme mérito de centrar la

atención en el oxígeno que la sangre del organismo universitario necesita: recuperar un espacio para pensar y para saber, para expresar lo aprendido y discutir ideas y opiniones, para leer y para escribir.... Esa verdad esencial que debemos redescubrir quienes amamos la universidad e identificamos en ella un valioso instrumento para una humanidad mejor.